

## LA CONTINUIDAD CREADORA: RAFAEL LAPESA

J. Antonio Cid  
I. U. Menéndez Pidal,  
Univ. Complutense

Muchos de los presentes en estas jornadas tendrían muy superiores títulos para participar en una sesión dedicada a recordar la personalidad humana de Rafael Lapesa. Son varios los que tuvieron con Don Rafael un trato mucho más intenso y cercano que el que yo puedo exhibir. Debo confesar, por otra parte, que aunque fui su alumno, o tuve el honor inmerecido de que accediera a dirigir mi tesis doctoral, y le debo haberme integrado en el Seminario Menéndez Pidal, mi inmadurez y algunos radicalismos muy de época me impidieron apreciar en su justa medida, y en primera instancia, el significado y valor de la prudencia —o mesura— de Don Rafael en la vida universitaria y en la vida pública española. Tuve, así, el más que dudoso mérito de haber conseguido sacarle de sus casillas, si tal cosa era posible, en alguna ocasión. Pero la grandeza de un maestro se mide también por su capacidad de tolerancia con los discípulos ineptos y díscolos. En calidad de tal y a título de palinodia, agradezco a Jesús Bustos y Rafael Cano la oportunidad de evocar la figura de uno de los seres humanos más admirables que he conocido.

Valga o no la anterior justificación privada, el Instituto Menéndez Pidal deseaba en cualquier caso estar presente, y honrar la persona y la obra de quien fue su Director durante muchos años, en circunstancias especialmente difíciles. Escribió Diego Catalán que el verdadero homenaje a don Rafael Lapesa consistía simplemente en sacar a luz el Rafael Lapesa que todos llevamos en nuestra memoria, y eso es lo que hacemos en este Congreso en todas y cada una de las sesiones. En este caso se tratará en parte de una memoria “colectiva” de la que, aunque sea de forma insuficiente y pálida, me es muy grato hacerme portador.

\* \*  
\*

Don Rafael Lapesa tenía la aguda, agudísima, conciencia de formar parte de una escuela, la de Ramón Menéndez Pidal. Y para Lapesa una “escuela” era mucho más que la confluencia de unos intereses o unas actividades científicas. Él hablaba de una “familia” de la filología española, con relaciones de filiación o de hermandad. Don Ramón era el patriarca, y Dámaso Alonso o Amado Alonso fueron para él sus “hermanos mayores”.

Donde con más claridad expresó D. Rafael Lapesa esa concepción de la Escuela de Filología Española como familia fue, precisamente en su contribución a un homenaje universitario a Dámaso Alonso, organizado por los estudiantes de filología románica de esta Facultad, y del que me correspondió ser coeditor. Don Rafael recurría a un símil expandido que tomaba del mundo de la épica:

Acepto con gusto la ocasión de reiterar mi tributo a quien ha sido y es, en la familia de la filología española, hermano mayor y maestro mío.

Toda escuela científica, filosófica o artística forma, sí, una familia donde los vínculos establecidos por la transmisión del saber se refuerzan con el afecto creado por la convivencia. Así se forman relaciones, intelectuales y cordiales a la vez, de paternidad, filialidad o hermandad; o semejantes a las que el vasallaje común, el ejemplo y la edad establecían en las mesnadas medievales. Hacia 1925, en la escuela filológica de Menéndez Pidal, don Ramón era el patriarca. El Cid de vellida barba, camino e convertirse ya en Carlomagno de barba florida; su Álvar Fáñez, su Martín Muñoz o su duque Naimés eran Américo Castro, Navarro Tomás y, allá en el lejano Wisconsin, entre nieves y lagos, Solalinde; los tres, maestros consagrados ya. La segunda generación de discípulos, la de los caballeros jóvenes y hazañosos. Tenía su Per Vermudoz, su Roldán y su Oliveros en Montesinos, Amado Alonso y Dámaso Alonso. A ellos me sumé sin hazañas, con la inexperiencia del “bachelier léger”, en el otoño de 1927, cuando entré de becario en el Centro de Estudios Históricos.<sup>1</sup>

La entrada de Rafael Lapesa se produjo por azar, un “seguro azar” en este caso. En septiembre de 1927 tuvo lugar un trágico accidente. Pedro Sánchez Sevilla, discípulo que había sido de Unamuno y de Menéndez Pidal, y becario de la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos, moría ahogado en Llanes.

En ausencia de Menéndez Pidal, fuera de España entonces debido a su operación, fracasada, de desprendimiento de retina, Américo Castro informaba a su maestro:

Lo de Sevilla es de lo más desastrado que nos ha pasado. *Criar* a un muchacho tan excepcional, para que se muera tan estúpidamente, arrebatado casi a la orilla, y sin aparecer el cadáver! Con lo de Vd., es la otra gran tristeza de este verano.

Me he puesto en el acto a preparar la sustitución de Sevilla, ardua pero no imposible. Lapesa es de carácter, talento y hasta aspecto lo más análogo al pobre desaparecido. Tiene un destino fijo en Madrid, y no se nos irá, si no queremos. Le he puesto a enterarse del *Nachlass* de Sevilla. Tardará meses en habilitarse, pero no hay otra solución. Cuando Vd. venga, sobre todo, verá lo que hay que hacer. La tesis de Sevilla está aquí.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> LAPESA, R., “Dámaso Alonso, humano maestro de humanidades”, en *Homenaje Universitario a Dámaso Alonso*. Reunido por los estudiantes de Filología Románica. Curso 1968-1969 (Madrid: Gredos, 1970), p. 9.

<sup>2</sup> CASTRO, A., Carta a R. Menéndez Pidal, 14 septiembre de 1927 (Archivo Menéndez Pidal).

Menéndez Pidal, de quien Lapesa había sido ya alumno en la Universidad, aceptó la decisión de Castro. El nuevo becario tardó muy pocos meses en “habilitarse”, y la tesis de Sánchez Sevilla salía publicada en la *Revista de Filología Española* en 1928. Esa tesis, “El habla de Cespadosa de Tormes (En el límite de Salamanca y Ávila)”, inauguraba un tipo de monografías que después se hizo muy habitual. Eran las tesis o tesinas de dialectología que algún malicioso calificó como las tesis de “cuán verde era mi valle”, y que el propio Lapesa hubo de reivindicar.

Este primer encargo que recibió Lapesa, disponer para la imprenta una obra ajena, lo realizó con la eficacia y discreción que sería norma en toda su vida. Si se consulta la edición de “El habla de Cespadosa de Tormes”, puede comprobarse que el nombre de Lapesa no figura por ninguna parte, aunque, como sabemos por Castro, fue Lapesa el encargado de llevarla a término.

La dedicación de Lapesa a ultimar obras ajenas se repetiría en otras ocasiones. La *Crestomatía del español medieval*, proyectada por Ramón Menéndez Pidal antes de la guerra civil fue sólo publicada gracias a Lapesa en 1965 y 1966<sup>3</sup>. Y en este Congreso se ha hablado ya largamente del esfuerzo y tiempo que supuso para D. Rafael el hacerse cargo de la herencia intelectual de Amado Alonso, y del prodigio de equilibrio y delicadeza que tuvo que realizar para no desnaturalizar la obra ajena, sin por ello dejar de completarla y corregirla. Ya Américo Castro señalaba esa “noble y abnegada generosidad a las demandas de sus prójimos” de la que son testigo todos quienes trataron a Rafael Lapesa.

Los primeros trabajos propios de Lapesa aparecen en la *Revista de Filología Española* a partir de 1929, y hasta 1937. Son breves notas sobre derivados latinos, léxico medieval, cuestiones etimológicas<sup>4</sup>; o brevísimas reseñas de obras gramaticales<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> MENÉNDEZ PIDAL, R., con R. LAPESA y M. S. DE ANDRÉS, *Crestomatía del español medieval* (Madrid: Gredos, 1965-1966), 2 vols.

<sup>4</sup> “Derivados españoles de «sulcus»”, *RFE*, XVII (1930), 169-173; “Notas para el léxico del siglo XIII [vatedizo, confita, (d)esbaldir, echa, galeador-guallador, maiella, peanno, uslar]”, *RFE*, XVIII (1931), 113-119; “Notas etimológicas [enés, ennese, ennesos; fadubrado, hadubrado, adubrado; presea, presea; rebollar, rebollo, repollo, pimpollo]”, *RFE*, XXIII (1936), 402-409.

<sup>5</sup> GARCÍA BLANCO, M., *Dialectalismos leoneses de un códice del “Fuero Juzgo”* (Salamanca: S. Ferreira, 1927) [*RFE*, XVI (1929), 280-281]; FERNÁNDEZ LLERA, V., *Gramática y Vocabulario del “Fuero Juzgo”* (Madrid: RAE, 1929) [*RFE*, XVII (1930), 295-297]; RICHARDSON, H. B., *An Etymological Vocabulary to the “Libro de buen amor” of Juan Ruiz, Arcipreste de Hita* (N. Haven: Yale Univ./London: Humphrey Milford, 1930) [*RFE*, XVIII (1931), 56-58]; BRAUE, A., *Beiträge zur Satzgestaltung der spanischen Umgangssprache* (Hamburg: Sem. f. rom. Sprachen, 1931) [*RFE*, XX (1933), 296-297]; RINGENSON, K., *Le rapport d’ordinaux et de cardinaux dans les expressions de la date dans les langues romanes* (Stockholm, 1934) [*RFE*, XXIV (1937), 229-231]. La única excepción al apartamiento de R. Lapesa de la

y literarias<sup>6</sup>. Aparecen también sus primeros trabajos sobre autores literarios dedicados al padre Ribadeneira y a Gutierre de Cetina<sup>7</sup>, autor éste último a quien dedicaría su atención en varios otros estudios posteriores.

En conjunto, estos primeros trabajos se centran en cuestiones puntuales, de detalle podría decirse. Pero al mismo tiempo el joven Lapesa mostraba ya su capacidad para las grandes síntesis, y en plena guerra civil concebía su *Historia de la lengua española*. El carácter didáctico y narrativo de la obra, a que se refería aquí mismo Rolf Eberenz, no es ajeno a las circunstancias de su génesis. Como el propio Lapesa confiaba a Menéndez Pidal, en carta del 19 de mayo de 1937:

Me encargó Navarro Tomás un manualito de *Historia de la lengua*, nominalmente para obreros y campesinos, aunque en realidad me figuro que la materia no es demasiado apropiada para ese fin, y me daría por contento con que sirviera para maestros y bachilleres, aunque procuro hacerlo asequible a mentalidades despiertas, como las de tantos obreros inteligentes y con afán de cultura como hay.<sup>8</sup>

El primitivo “manualito”, aparecido finalmente en 1942, se convirtió, a través de los años y de una decena larga de ediciones renovadas, en el manual por excelencia en que se formaron varias generaciones de estudiantes y profesores de filología española, sin perder nada de su atractivo para otras “mentalidades despiertas”.

La coexistencia del positivismo, la atención a la minucia de los datos y al rigor del detalle, con las grandes síntesis generales, es marca distintiva de la obra de Lapesa,

---

“nueva” *Revista de Filología Española* es su reseña a SAHLIN, M., *Étude sur la carole médiévale. L'origine du mot et ses rapports avec l'Église* (Uppsala: Almqvist & Wiksells, 1940) [*RFE*, XXV (1941), 122-124].

<sup>6</sup> SAAVEDRA MOLINA, J., *Los hexámetros castellanos y en particular los de Rubén Darío* (Santiago de Chile: Univ., 1935) [*AUCh*, XVIII (1935), 5-90 [*RFE*, XXIV (1937), 232-233]; MONTESINO, Fr. A., *Coplas sobre diversas devociones y misterios de nuestra santa fe católica* [c. 1480-1500], ed. facs., H. Thomas (London: British Museum, 1936) [*RFE*, XXIV (1937), 94-95]; ROMÁN, Comendador, *Coplas de la Pasión con la Resurrección* [c. 1480-1500], ed. facs., H. Thomas (London: British Museum, 1936) [*RFE*, XXIV (1937), 95-96]; AGOSTINI, E., y R. GALLEGU, *Itinerarios y parajes cervantinos* (Ciudad Real: Diputación Provincial, 1936) [*RFE*, XXIV (1937), 98]; COSSÍO, J. M. de, *Notas y estudios de crítica literaria. Poesía española. Notas de asedio* (Madrid: Espasa-Calpe, 1936) [*RFE*, XXIV (1937), 405-406].

<sup>7</sup> “La *Vida de San Ignacio* del P. Ribadeneyra”, *RFE*, XXI (1934), 29-50; “Tres sonetos inéditos de Cetina y una atribución falsa”, *RFE*, XXIV (1937), 380-383

<sup>8</sup> LAPESA, R., Carta a R. Menéndez Pidal, 19 mayo 1937, ed. en CATALAN, D., *El Archivo del Romancero, patrimonio de la humanidad. Historia documentada de un siglo de Historia* (Madrid: Fund. Menéndez Pidal, 2001), pp. 187-188.

y de toda la Escuela de Filología Española, como lo era también el no separar la Lengua de la Literatura, ni de la Historia, en la forma que después se ha impuesto. Grandes síntesis, y grandes “conceptos”, que entonces se acuñan, enriquecen o anticipan: ‘Estado latente’, ‘Forma interior del lenguaje’, ‘Procesos de causación múltiple’, etc. La *Historia de la lengua española* de Lapesa no es una descarnada exposición de fenómenos y cambios lingüísticos, sino que se ponen ampliamente a contribución causalidades explicativas e interrelaciones de la lengua con la Historia general, la Historia de las mentalidades, los gustos y modas, que son determinantes en la evolución de la lengua y, muy en especial, de la lengua literaria.

El Centro de Estudios Históricos en que se formó y trabajó Lapesa a partir de 1927 era ya, sin embargo, muy distinto del de los años fundacionales. El propio Don Rafael recordaba en su texto de 1970 cómo le tocó vivir una época en que los miembros de las primeras generaciones de colaboradores estrechos de Menéndez Pidal no estaban ya en Madrid, o pasaban largas temporadas en el exterior. Federico de Onís y Antonio G. Solalinde se radicaron en Estados Unidos, para no regresar ya a España; Navarro Tomás y Castro hicieron norma sus viajes cada vez más largos y frecuentes a Puerto Rico, Argentina o Estados Unidos; Montesinos, Dámaso Alonso y el propio Castro hacían también estancia en universidades, y después embajadas, de distintos países europeos. El trato diario de Menéndez Pidal con sus colaboradores en el hotel de la calle Almagro había pasado a la historia. En realidad, la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos había sido víctima de su propio éxito, y de la necesidad de su existencia; es decir, la necesidad de atender muy pronto las demandas que llovían para contar con personas cualificadas para enseñar y conferenciar sobre lengua y literatura españolas, desde la perspectiva de la propia España. Y desde el exterior se percibía con claridad que esas personas eran básicamente los miembros de la escuela de Don Ramón. La experiencia americana, sin embargo, fue también determinante para los propios Onís, Castro, o Navarro, y, aunque ello ocasionó tensiones con su maestro, pensaron lealmente que la eficacia de sus estancias, o “misiones” en América era, para la proyección exterior y el prestigio de “lo hispánico”, muy superior a la que suponía redactar un artículo o una reseña más para la Revista del Centro, la *RFE*, o cumplir a rajatabla los plazos de los proyectos y ediciones planeadas en Madrid. La disgregación definitiva o temporal del siempre pequeño equipo de colaboradores de la sección de filología del Centro convirtió a Rafael Lapesa en el único que durante largos periodos de tiempo permaneció “a pie de obra” en la última etapa del Centro de Estudios Históricos. Lapesa fue el máximo apoyo que tuvo Menéndez Pidal para sus proyectos personales (Romancero, Crestomatía del español medieval, Historia de la Lengua); y a él le correspondió, en mayo de 1937, cerrar el Centro y “salvar los muebles”, en el sentido más literal de la expresión, incluyendo los libros y papeles de Don Ramón, y cuidar la preparación y edición de los últimos números de la *RFE* que salieron.

A partir de 1940, Lapesa fue en esta Facultad, junto con Dámaso Alonso, el eslabón necesario para que la herencia de la escuela de Menéndez Pidal no se perdiera y

se abriese a nuevos enfoques, métodos y campos de trabajo. Ello es historia reciente, y viva, para los que aquí nos reunimos, y no creo oportuno glosar ahora los muchos años en que don Rafael, al tiempo que elaboraba una obra personal de los muchos quilates que todos le reconocen, servía de referente científico y moral a muchas promociones de estudiantes y filólogos.

A Rafael Lapesa puede aplicarse en buena parte y con absoluta justicia lo que Dámaso Alonso decía de sí mismo al aceptar el Homenaje universitario que se le tributó en 1970:

Si lo que queríais recompensar era la buena voluntad, en ese caso lo recibo sin vacilación y sin escrúpulos de no merecerlo, porque creo que siempre he tenido una voluntad buena y sin desfallecimientos para ayudar a nuestro país a salir de lo atolladeros en los que entre todos le hemos metido.

He procurado que durante el gran bache del 40 al 60, y después, no se extinguiera la escuela de filología española, que era una de las pocas actividades científicas por las que se nos conocía en el mundo [...]

Fuera de eso, os aseguro que nadie más dudoso que yo mismo de mis “éxitos” ni más crítico de mis propios trabajos. Me consuelo pensando que la vida humana es siempre así: un entretrejerse de aciertos y errores, ya torcida, ya derecha:

Brotas derecha o torcida  
con esa fuerza que cede  
sólo a la ley de la vida,  
que es vivir como se puede,

Dijo, hablando con la encina (es decir, con toda voluntad vital) don Antonio Machado.

Quizá yo también quise hacer demasiadas cosas, y muchas las hice mal, o las dejé en solo proyecto. Por otra parte, he desconfiado siempre de todos los “perfectismos”, por lo general estériles.<sup>9</sup>

Es posible, sin embargo, que Lapesa no concordase del todo con su “hermano mayor” en su valoración negativa de los “perfectismos”, si ello suponía abdicar del culto a la obra bien hecha. Pocos como Lapesa podrían suscribir y hacer suyas con mayor razón las palabras en que Américo Castro plasmó el modelo y estilo de trabajo del fundador del Centro de Estudios Históricos, que Lapesa interiorizó tal vez más que nadie:

Menéndez Pidal nos enseñó algo que él había oído a Gaston Paris: «La probité vaut plus que la compétence». Él había practicado siempre esa discreta máxima. Él y nosotros hemos luchado a veces largas horas con una cuartilla que, con una leve omisión imposible de notar, hubiera quedado lista en un momento. En

---

<sup>9</sup> ALONSO, D., Carta a los miembros del Consejo de 4º Curso de Filología Románica, 1968-1969, Madrid, 10 diciembre de 1970 (Archivo J. A. Cid).

el fondo había en todo ello un espíritu de estricta religiosidad, que cada uno siente a su modo (*Cuánto le debemos*, 1959).

No querría dejar de mencionar a Don Rafael Lapesa en su papel de “hombre de acción”, aunque suele asumirse que el margen que cabe en ese terreno a un estudioso o intelectual es muy limitado. Muchos recordarán su intervención pública en ocasión de ciertos conflictos en la iglesia de la Universidad, en la que Lapesa, a título de creyente y miembro de la comunidad universitaria, manifestó su apoyo a quienes eran objeto de ataques desde el poder. En otro ámbito que nos toca más de cerca, Don Rafael dedicó muy considerable tiempo y esfuerzo al sostenimiento del Seminario Menéndez Pidal, lidiando con la gestión diaria de una institución que vivió desde el principio en condiciones de precariedad. Tuvo a su cargo la interlocución con autoridades ministeriales, con la burocracia universitaria, con editoriales e imprentas, y el plan de trabajo de los colaboradores y becarios. Cuando me refería al principio a una memoria “colectiva”, ello incluye la consciencia compartida de que el Seminario y posterior Instituto Menéndez Pidal no habrían sobrevivido de no ser por la dedicación y eficaz habilidad de Don Rafael Lapesa.

En la década de 1980, la filología española no era ya, al menos en nuestra Facultad, la antigua “familia” que podía asociarse en sus relaciones personales a las mesnadas de raigambre épica. El dignificado símil de Don Rafael había dado paso a una realidad muy distinta, que cabría comparar en muchos aspectos con algún sórdido drama rural de Benavente o López Pinillos, o con un “Puerto de Arrebatcapas”, según expresión que escuché del propio Rafael Lapesa. En 1989, ya jubilado Don Rafael, y por culpa de errores propios y ajenos, hubo quienes vieron llegado el momento adecuado para liquidar la herencia institucional de Menéndez Pidal en la Universidad Complutense, sin ahorrarse el recurso a la infamia.<sup>10</sup> El Seminario, ya entonces Instituto Menéndez Pidal, fue desposeído del modesto espacio que había ocupado desde 1954, y al año siguiente se decidió la exclusión universitaria de los ayudantes que allí trabajaban. A Don Rafael no le importó pasar por la humillación de hacer antesala ante alguna autoridad académica que ignoraba quién era Rafael Lapesa; y a su discreta

---

<sup>10</sup> En un escrito muy próximo a los hechos, me referí al Seminario Menéndez Pidal como “una institución cuya propia excepcionalidad y excelencia la hicieron vulnerable ante ciertos *nequissimi* (con el término que don Américo Castro utilizó en análogas circunstancias) incapaces de ver mejor defensa a su estatuto de *beati possidentes* que la igualación en una *mediocritas* no precisamente áurea”. Tal vez, más que “nequissimi” hubiera convenido otro término menos solemne, aunque por no extraña coincidencia los aludidos en 1989 se correspondían con algunos descendientes de la “escuela” del señalado por Castro, Joaquín de Entrambasaguas, cuya hostilidad a todo lo que representaba Menéndez Pidal habían heredado, contando con la connivencia de la criazón de un presunto y resentido discípulo tardío del propio Menéndez Pidal, y con la complicidad silenciosa, claro está, de la inmensa mayoría. No me es nada grato recordarlo, pero creo mi deber hacerlo en vista de que ya me ha correspondido ser testigo directo de más de un intento de “reconstruir” la historia alterando y falseando, con plena consciencia, los hechos.

eficacia, una vez más, se debió sin duda alguna la supervivencia de una estructura humana mínima que garantizase cierta continuidad, a la espera de mejores tiempos.

No es fácil saldar la deuda que el Seminario Menéndez Pidal tiene contraída con Don Rafael Lapesa. Tal vez, arrogándome el derecho que no tengo a interpretar lo que hubieran sido sus deseos, se trate de algo muy simple: continuar un modelo de investigación y transmisión del saber que satisfaga a la propia conciencia, tan lejano del “masoretismo” filológico que repugnaba a Unamuno como del “erostratismo” puesto en solfa por Menéndez Pidal; en definitiva la aspiración a unas humanidades no deshumanizadas que orientó siempre la labor y la vida de Rafael Lapesa.